

LA PROTESTA

PRECIO: 10 CTS. SUPLEMENTO SEMANAL PORTE PAGO

U. Telefónica 0.478 — B. Orden

Redacción y Administración: PERU 1537

Valores y giros a M. TORRENTE

Francisco Ferrer y la huelga general

Francisco Ferrer, el militante anarquista

Hemos divulgado durante muchos años la personalidad de un Francisco Ferrer enamorado de nuevas doctrinas pedagógicas y mártir de un ideal de educación libertaria. En realidad no es pequeño su mérito en este concepto. Su acción desde la Escuela Moderna de Barcelona, y la valentía con que ofendió la vida por la afirmación de sus ideas, merecen el más caluroso recuerdo de la humanidad.

Sin embargo, aprovechando esta nueva fecha del aniversario de su muerte queremos presentar a Ferrer en uno de sus aspectos, el más ignorado comúnmente, y el más importante para la causa de la revolución: nos referimos a su actividad de militante anarquista.

Después de haber transcurrido tantos años, al repasar en la memoria la labor de Ferrer anterior a la Escuela Moderna, constatamos en él un carácter práctico como hay pocos y una voluntad a toda prueba. Intelectualmente no era un genio, pero sabía poner a contribución la inteligencia de los mejores y más nobles de su tiempo. Sabía adonde iba y tenía el arte de suscitar energías para la realización de sus planes. Lo que ha hecho en el terreno editorial es una muestra de sus tendencias y sus propósitos ulteriores. Amaba la revolución sobre todas las cosas y nunca hubo en la España revolucionaria un hombre que recogiera en sus manos tantas fuerzas para operar la transformación social deseada. La Escuela Moderna fue un pequeño eslabón en la cadena de sus esfuerzos; su influencia sobre el movimiento obrero era evidente, aunque no siempre directa. Si él no hubiese desaparecido, la suerte de España habría sido, tal vez, diversa. Nadie le ha substituído; hubo pensadores y escritores distinguidos, hubo fabricantes de motines sumamente atrevidos y audaces; hubo hombres de gran espíritu de sacrificio, pero no hubo revolucionarios de la talla y de la capacidad práctica de Francisco Ferrer, de sus dones para la organización sólida de un movimiento, de sus cualidades para encauzar energías hacia un fin definido.

Desapareció él y en la mentalidad de los militantes se hicieron dos cosas relativamente independientes de



la propaganda y de la revolución; estos dos conceptos no han continuado formando algo así como el anverso y el reverso de una misma cosa. Sólo los hombres de acción, pues hombre de acción era en primer lugar Francisco Ferrer, saben fusionar, soldar inseparablemente la propaganda revolucionaria con la idea de la revolución, de su preparación, de su realización en el plazo más rápido posible.

Los artículos que se leerán a continuación, son tomados de "La Huelga General" de Barcelona, publicada de 1901 a 1903 por Ferrer con la colaboración de Anselmo Lorenzo. Creemos que han de ser estudios por nuestros camaradas jóvenes

y que su estudio les hará comprender que la personalidad de Ferrer era la de un hombre de acción que no entendía la propaganda como un deporte entretenido, sino como una preparación revolucionaria.

Que ese ejemplo nos sirva de estímulo y de guía para una renovación de la vida revolucionaria internacional. La reacción española no le quitó la vida precipitadamente; sabía lo que Ferrer significaba, de lo que era capaz. La Escuela Moderna fue un pretexto estúpido; se le mató por ser un militante anarquista realmente peligroso para el capitalismo y el Estado. Su memoria es, para nosotros todo un tesoro, todo un símbolo.

Declaración librepensadora

(Presentada por Ferrer al Congreso de Praga en 1907; aprobada en el Congreso librepensador de Barcelona, celebrado en el primer aniversario del fusilamiento del fundador de la Escuela Moderna, y olvidada después por los librepensadores en general).

Para que la reunión de hombres denominada el Libre Pensamiento tenga verdadera y positiva eficacia, ha de proponerse desvanecer errores y destruir las causas sociales que perpetúan la ignorancia.

Más que descubrir verdades, que es un trabajo, en gran parte, de carácter individual, que corresponde a los cien-

tíficos, ha de emplear su poder colectivo en combatir absurdos y privilegios, que en todos los países conservan sistemáticamente la ignorancia popular y hacen del saber una excepción, estableciendo una horrible diferencia entre lo que saben unos pocos y estancado queda en un número reducido de individuos, y lo que cree la generalidad constituido por la suma dolorosamente inmensa de dogmas, creencias, preocupaciones, errores, supersticiones y leyendas tradicionales afirmados por atavismo y remachados por la miseria.

Todos esos hombres y mujeres que viven del salario o que ni al salario llegan, si no son en su mayoría analfabetos, no pueden dar a la lectura su grandiosa utilidad, o que quizá la misma

lectura les sumerge más en la ignorancia, porque, por ella, a semejanza de los locos razonadores, argumentan en contra de la razón, son seres rebajados de la dignidad humana. En ellos la grandeza del pensamiento no puede extender su vuelo natural.

Ese rebajamiento tiene su causa poderosamente arraigada en la constitución de nuestra sociedad, entendiendo por sociedad el conjunto de las naciones civilizadas.

Francia, la nación guía, la de las iniciativas progresivas y revolucionarias, la que proclamó los derechos del hombre y del ciudadano afirmando que "los hombres nacen y permanecen libres e iguales y que el objeto de toda asociación política es la conservación de los derechos naturales e imprescriptibles del hombre", esa Francia democrática republicana y actualmente radical, que da la norma de la civilización moderna, tiene en su código estos dos artículos:

"Art. 457. Los frutos industriales, los frutos civiles, la cría de los animales pertenecen al propietario por derecho de accesión.

"Art. 548. Los frutos producidos por la cosa no pertenecen al propietario sino a condición de hallarse a su cargo los gastos de labor, trabajos y simientes, hechos por un tercero."

Por el art. 457 el propietario es usurpador de la riqueza social, natural y producida; se apropia una parte del mundo y una porción de las fuerzas vitales naturales, y, por accesión y mediante el salario, despoja a los no-propietarios del fruto de su trabajo.

Por el art. 548 el trabajador es un tercero sin derecho al suelo, a las fuerzas naturales, a la participación en la ciencia ni a la riqueza social, que queda reducido a la vil condición de explotado jornalero, productor de riqueza, abastecedor de insaciables privilegiados.

Esos artículos tienen su analogía con otros absolutamente equivalentes en el Código civil español y en todas las naciones, monarquías y repúblicas de la época, y por eso en todas ellas existe ese proletariado desheredado que reemplaza con escasa ventaja al esclavo de la antigüedad. Los legisladores romanos establecieron esos preceptos legales, vigentes después de treinta siglos a pesar de las transformaciones y revoluciones ocurridas, para determinar la diferencia entre el hombre-persona y el hombre-cosa, y si en Roma encajaba perfectamente, dada la existencia de patricios de un lado y de plebeyos y esclavos de otro, esa distinción es hoy insostenible en la igualdad nominal política de nuestros días, considerando además que el privilegio en la sociedad ha de desaparecer evolucionariamente, puesto que las ideas de libertad y de igualdad políticas agitan las multitudes desheredadas, y revolucionariamente porque el proletariado consciente internacional ha determinado su voluntad en el propósito de que cese la usurpación propietaria capitalista.

En virtud de estas consideraciones y en vista de esta situación, el Congreso del Libre Pensamiento declara que quiere la verdad para todas las inteligencias humanas, y se propone trabajar contra el error, dirigiendo su actividad a transformar la usurpación propietaria en la participación de todos en el patrimonio universal.

Francisco FERRER

CONSIDERACION PREVIA

En esta sociedad aburguesada en que vivimos, que limita toda noble aspiración, que deprava todo generoso sentimiento y que se desarrolla entre un disolvente antagonismo de intereses, que pretende justificarse con la fórmula de colorido científico "la lucha por la existencia", Ferrer fué un hombre verdaderamente excepcional.

Hombre de inteligencia clara y carácter recto. Ferrer rechazaba, cuanto era humanamente posible, las hipocritas simonías del convencionalismo y del oportunismo, y podía considerarse como el primero entre el corto número de los sinceros, de aquellos para quienes la lógica halla en línea recta el pensamiento, la palabra y la acción.

Sus enemigos, hallándose en situación diametralmente opuesta, le conocieron bien: por eso se conjuraron para perderle y consiguieron su propósito. Sus amigos, triste es manifestarlo, teniendo con él solamente concomitancias precisas y hallándose generalmente distanciados, no pudieron conocerle, porque le vieron a través de sus preocupaciones o de sus conveniencias, y le juzgaron como un excéntrico bondadoso.

Si todos los que elogian hoy a Ferrer y su obra se hubieran unido a él cuando vivía y trabajaba: si la propaganda oral y escrita y los recursos reunidos en pro de la memoria de Ferrer muerto se hubieran acumulado para secundar la iniciativa de Ferrer vivo, no tendríamos monumentos ni nombre de calles, plazas y paseos en gran cantidad, enalteciendo el nombre del precursor y del mártir, pero tendríamos muchas escuelas racionalistas en el mundo que, en todos los idiomas de la civilización y relacionados entre sí, pronto hubieran estado a punto de entregar a una nueva generación racionalmente educada los destinos de la humanidad.

Inútil es lamentarlo; no sucedió así porque era imposible: el vulgo, y ante las grandes personalidades del genio y del carácter ya se sabe que son vulgares muchos hombres calificados de eminentes, no pudo dejar de vivir supeditado al atavismo, al medio y al misero antagonismo dominante, y se elogió a Ferrer, más por el rutinario culto a los muertos que por el deseo de proseguir su obra. Y tanto es así, que si buscamos ideas entre los que se agitan para honrar la memoria de Ferrer, sólo hallamos políticos que preconizan la enseñanza obligatoria laica, o pedagogos que discurren sobre tecnicismo profesional, dirigiéndose todos a una enseñanza cívica. De la enseñanza racionalista de la Escuela Moderna, apenas si logran dar una idea, confundiendo casi siempre con el tipo de la escuela laica, que es como únicamente comprenden la negación de la enseñanza religiosa tradicional.

Hay un aspecto poco conocido en la personalidad de Ferrer que conviene poner en claro. A Ferrer sólo se le conoce como antiguo revolucionario zorrillista o como fundador de la Escuela Moderna; de su intervención en el movimiento obrero sólo se sabe lo que, acerca de una ligera muestra de simpatía hacia la federación Solidaridad Obrera de Barcelona, se dijo en su último proceso, y lo que sirvió de tema a ciertas malévolas declaraciones de algunos políticos.

Para la generalidad era, o un revolucionario jacobino, o un filántropo educador. Con tales calificaciones, los que le juzgaban, siendo incapaces de comprender su grandeza altruista, le tenían por una especie de Quijote, desconocedor del mundo, destinado a estrellarse contra la realidad.

Como todo el que se separa de las grandes masas o agrupaciones por haber adquirido personalidad propia, no obedecía a ningún partido y no podía aplicarse ninguna denominación de carácter colectivo. En una carta dirigida a unos jóvenes barceloneses desde la cárcel de Madrid les decía: "No juzguemos con palabras: liberales, republicanos, anarquistas... tan sólo palabras, de las que debemos huir los que marchamos de todo corazón hacia el ideal de la regeneración humana."

No siendo un partidario, no pudiendo someterse a una disciplina, tenía poderosa iniciativa y extraordinaria actividad. De ello dió prueba cuando, organi-

zada y en funciones la Escuela Moderna y su biblioteca, quiso contribuir al movimiento de las reivindicaciones proletarias con la creación de un periódico y de una biblioteca de propaganda. El periódico fué *La Huelga General*.

Uno de los biógrafos de Ferrer ha dicho: "He interrogado a media docena de amigos íntimos de Ferrer sobre la evolución de sus ideas. Desgraciadamente no dejó obra alguna en la que se pudieran apreciar sus opiniones ya maduras. Su única obra literaria fué una gramática elemental de la lengua española. Pero hay bastantes pasajes en sus cartas y en su diario que corroboran el juicio que yo formé sobre sus últimas opiniones, después de haber interrogado cuidadosamente a sus amigos."

Si el autor de esta cita hubiera conocido la existencia de *La Huelga General* y hubiera recordado que, según el auditor del 40. distrito, Ferrer usaba el pseudónimo *Cero*, hubiera tenido en cuenta unos artículos de aquel periódico que llevaban al pie esa firma.

A la publicación de aquellos artículos, de algunos escritos con mi colaboración, del programa de aquel periódico y de una carta interesante de Reclus, se dedica el presente folleto, en honra de Ferrer; y en provecho de la emancipación de los trabajadores.

Al coordinarle, recuerdo con emoción aquellas horas dedicadas en el grupo "La Huelga General", que se compuso de tres individuos: uno Ferrer, muerto gloriosamente; otro que cayó en el miserable abismo del escepticismo, y el que firma con la temblorosa mano de la invalidez.

Léanse esos artículos que presentan la huelga general, pasando sobre los accidentes que ofrece en su contraste con el régimen actual, como arma defensiva y ofensiva del proletariado y como instauradora del futuro régimen comunista, y en ellos se verá que presenta hechos, aconseja línea de conducta y excita al estudio de futuros problemas que han de tenerse resueltos con precisión científica cuando lo exijan las circunstancias, dejando en esos escritos marcada la huella de su originalidad y de su carácter: rectitud, claridad, energía.

Lean los trabajadores esa prosa despojada de todo artificio y repleta de pensamientos, inspírense en ella para desarrollar el pensamiento, avalorando la propia personalidad, y así honrarán de manera positiva la memoria del racionalista que murió fusilado en aquel castillo donde pocos años antes se lanzó la idea de que habían de cerrarse los ojos a la razón.

Ancelmo LORENZO

PROGRAMA.—

El trabajador: es un hombre: el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante son hombres.

De hombres a hombres, cero. Si en matemáticas sociales de hombre a soberano, a pontífice, a legislador, a gobernante va una resta

- de USURPACIO: DESPOJO
- de TIRANIA: SUFRIMIENTO
- de SOBERBIA: HUMILLACION
- de CRIMENES: SANGRE Y LA-GRIMAS

tan estupefacta como la que llena la historia de la humanidad, la naturaleza lo niega, el sentido común lo rechaza, la justicia lo anatematiza.

El trabajador está en su puesto natural, es el Adán de la concepción primitiva: si la sociedad humana existe única y exclusivamente por la imposibilidad que tiene el hombre de atender a sus múltiples necesidades; por la facilidad con que produce con exceso del género de producción que constituye su especialidad, y por el cambio de esos productos excesivos, el trabajador, vedle en el campo, el taller, la fábrica, la obra, la mina, la cantera, la locomotora, el barco, el muelle, la estación, el escritorio, el gabinete, el laboratorio, trabajando siempre, produciendo con exceso; tanto, que

Heno está el mundo de las maravillas creadas por el trabajo, repletos están los almacenes de productos, y hasta se da el caso de surgir crisis por exceso de producción, y sobrevienen conflictos internacionales por la apertura de mercados; mientras que el soberano, el pontífice, el legislador, el gobernante y el privilegiado de toda clase que bajo su amparo se cobijan, no sólo no le dan productos cambiables por su sobreproducción, sino que hasta de lo indispensable a la vida le despojan, dejándolo como único recurso de subsistencia el rancho del esclavo en la antigüedad, el jornal del obrero en nuestros tiempos democráticos, y como resumen, en la estadística de la mortalidad la cifra infima de la media en una desproporción verdaderamente sangrienta.

Tanta maldad, aunque se consigne en reales cédulas, en encíclicas, en códigos y en decretos, y se defiendan en libros, periódicos, pulpitos, tribunales, tribunas y ateneos, y se le proclame además cristiana, legal, científica, dorando la plidura, amarga con todos los calificativos aceptables, no tendrá jamás la sanción de la naturaleza, del sentido común ni de la justicia; por lo tanto, quien esa maldad utiliza, apoya y defiende es el verdadero rebelde.

Somos trabajadores, aceptamos hace ya años la fórmula social "no hay deberes sin derechos ni derechos sin deberes" y venimos a trabajar por la abolición del jornal y a reclamar nuestra parte en el patrimonio universal.

Estamos en el terreno de lo naturalmente humano, de lo humanamente licito y desde él declaramos la rebeldía a todo género de usurpadores del trabajo.

Nos proponemos, pues, la normalidad social que ha de dar a la humanidad la felicidad que los explotadores le roban y que sus teorizantes le disputan.

Para lograrlo, nuestro título es todo un programa.

Queremos reunir a los trabajadores, o a lo menos a la minoría inteligente y activa que necesitan siempre las iniciativas transformadoras, en compacto haz que formule la ofensiva revolucionaria y practique la revolución por el único medio ya posible: la paralización temporal del trabajo.

Hoy como en el 31 de Enero de 1872, pueden y deben repetirse estas palabras del Consejo federal de la Región Española de la Asociación Internacional de los Trabajadores:

"Trabajadores, es menester que esa libertad que todos proclamamos, que todos dicen amar, tenga una garantía, la única que puede hacerla imperecedera: la transformación de las condiciones sociales.

"Es menester que, si la revolución llega, si en ella tuviesen alguna participación, no abandonemos el campo de la lucha, no soltemos las armas sin haber visto realizada nuestra gran aspiración: la emancipación social de los trabajadores por los trabajadores mismos.

"Es menester que no fiemos a ninguna clase, a ningún partido, a ningún poder la obra de nuestra emancipación. Es menester que antes de que vuelva a constituirse poder alguno, los trabajadores entren en posesión de lo que legítimamente les pertenece: el usufructo de los instrumentos del trabajo, sin lo cual no puede haber garantía para la vida del obrero, ni por consecuencia para su libertad.

"Es menester que los trabajadores, una vez triunfantes, en el perfecto uso de su derecho, se constituyan en cada localidad en asamblea general de federados y acuerden solemnemente la transformación de la propiedad individual en propiedad colectiva, entrando inmediatamente a usar de todos los instrumentos de trabajo, como tierras, minas, ferrocarriles, buques, máquinas, etcétera, etc., haciéndolas administrar por medio de los Consejos locales de sus federaciones respectivas.

"Es menester, en fin, que el proletariado realice por sí mismo la justicia."

Venimos dispuestos a no transigir con oportunistas políticos ni socialistas: lo más íntimo de nuestro pensamiento, lo más sincero de nuestra conciencia, lo



más puro de nuestro ideal estarán siempre en la punta de nuestra pluma.

Aunque reconociendo a todo revolucionario la libertad de su pensamiento, no eximimos a nadie de su responsabilidad, reservándonos nuestro juicio para exponerle a nuestra libre voluntad, sin acatar ni sufrir los apasionamientos, las excitaciones ni las impaciencias extrañas a nuestro fuero interno.

Considerando que en esta lucha económica, especie de guerra civil emprendida y en la que venimos a terciar no hay en nuestro campo, ni se necesita, general en jefe, ni táctica oficial, sino libres iniciativas del entendimiento y de la voluntad limitadas por la moral que las impida degenerar en vileza egoísta o utilitaria, no somos, ni lo queremos ser, ni siquiera parecerlo, el concurrente de nadie.

Apoyaremos las escaramuzas, las batallas parciales y no consideramos la más decisiva sino a la que vaya seguida de la palabra usar tal como se entiende en el documento citado; o en otros términos: creemos, como el manifiesto de la Federación Barcelonesa de 23 de febrero de 1888, que el objeto final de la Revolución abarca estos tres extremos:

- 1. "Disolución del Estado.
- 2. "Expropiación de los detentadores del patrimonio universal.
- 3. "Organización de la sociedad sobre la base del trabajo de cuantos sean aptos para la producción; distribución racional del producto del trabajo; asistencia de los que aún no sean aptos para ella, así como de los que hayan dejado de serlo; educación física y científico-integral para los futuros productores."

OBSERVACION.—
Deseamos que esta publicación responda a una orientación determinada y que sus efectos sean de la mayor eficacia para su objeto final.

Al efecto, rogamos a cuantos pensadores quieran valerse de este periódico para servir al ideal, especialmente a aquellos con quienes no hemos contado previa y directamente, que sin dejar de desarrollar cuantos puntos doctrinales juzguen convenientes, se ciñan a los siguientes:

- 1.º ¿Es posible la huelga general?
- 2.º ¿Cómo llegará a producirse?
- 3.º ¿Qué medidas deberán adoptarse desde el primer momento para asegurar el triunfo?
- 4.º Sobre la base del triunfo proletario, bosquejo racional de la sociedad futura, encaminado a servir de material a la Sociología, no a forjar sistemas creadores de futuros fanatismos.

Sin perjuicio de dejar a los colaboradores la responsabilidad de lo que avaloren con sus firmas, la redacción se reserva el derecho de no aceptar cuanto juzgue inconveniente por difuso, pesado, excesivamente sectario o atentatorio a la economía y a la amenidad.

Los asuntos de movimiento social o movimiento obrero que revistan carácter de detalle local o personal de escasa importancia o trascendencia no caigan en los resúmenes que nos proponemos trazar en la sección respectiva.

("La Huelga General", Barcelona, 15 de noviembre de 1901).

A la redacción de "La Huelga General", Barcelona.—

Amigos míos: Uno de nuestros compañeros me escribe de Suiza, algo desanimado a causa de las disensiones intestinas, de las disputas inútiles, de los esfuerzos sin resultado. Me pide consejo y me permito responder por la carta siguiente, que podéis reproducir en español si juzgáis que vale la pena, ya que en la actualidad carezco verdaderamente de tiempo para dedicaros otro trabajo, como fuera mi deseo

Os saluda cordialmente
Eliseo RECLUS.

Barcelona 6 D, 1901.

Queridos compañeros: Nos inclinamos generalmente a exagerar, sea nuestra energía, sea nuestra impotencia. En los períodos revolucionarios, nos parece que el menor de nuestros actos debe tener consecuencias incalculables, mientras que en los tiempos de marasmo nos imaginamos que nuestra vida, aunque dedicada constantemente al trabajo, queda sin alcance y sin importancia.

Algunas veces hasta llegamos a creer que un movimiento de reacción nos arrastra.

¿Qué debe hacerse para mantenernos siempre en estado de vigor intelectual, de actividad moral y de confianza para el buen combate?

Os dirigis a mí quizá porque soy viejo y contáis con mi experiencia de los hombres y de las cosas.

Pues como viejo luchador me dirijo a vosotros los jóvenes en los términos siguientes:

1.º ¡Fuera discusiones! Comenzad por escuchar los argumentos del interlocutor. Exponed después los vuestros si os parecen serios. En seguida callaos y reflexionad. No os repitáis jamás. Y sobre todo no hagáis nunca el sacrificio de la menor verdad a la violencia de la conversación o del discurso.

2.º Estudiad con juicio y constancia. Comprended bien que no basta el entusiasmo por una causa y saber morir por ella. Cualquiera puede hacerse matar, pero pocos son los que saben vivir como ejemplo y como enseñanza a sus hermanos. El revolucionario verdaderamente consciente no es sólo un ser de sentimiento, sino también un ser de razón: sabe apoyar los esfuerzos que practica en pro de la justicia y de la solidaridad social sobre conocimientos precisos y científicos en historia, en sociología, en biología; sabe, por decirlo así, encuadrar sus ideas personales en el conjunto general de las cosas humanas y presentarse así en la lucha con el inmenso prestigio que le da una ciencia profunda y evidente.

3.º No os especialicéis estrechamente en una patria ni en un partido. No seáis rusos ni polacos, ni aun eslavos: sed hombres que estudien la verdad con el mismo desinterés y sin la menor mira personal, ya se trate de chinos, de europeos o de africanos. Todo patriota acaba por odiar al extranjero, por convertirse en enemigo de la causa de justicia que abrazó en su prime; arranque de entusiasmo.

4.º Ni amo ni jefe de fila, ni apóstol cuyas palabras se acaten con veneración ni ídolo adorado. En el discurso del amigo más cariñosamente amado, del profesor más competente y más estimable, no buquéis más que la verdad pura, y si os queda interiormente la menor duda comenzad de nuevo el examen de vuestra conciencia y de vuestro pensamiento, samiento.

Peró si rechazáis todo amo, penetrads del mayor respeto hacia todo hombre convencido y, siguiendo vuestra vida, dejad a cada uno de los compañeros seguir la suya.

Si tú quieres lanzarte a la pelea y sacrificarte defendiendo a los humildes, a los pobres, a los oprimidos; ¡en buena hora, amigo mío, vé a morir noblemente!

Si tú quieres trabajar lenta y pacientemente en la preparación de un porvenir mejor; ¡muy bien; haz tu obra dedicando a ella todos los instantes de tu vida generosa!

Si tú quieres obrar por la enseñanza, por la solidaridad constante de los esfuerzos con los desgraciados; ¡perfectamente; que tu existencia sea como una luz y resplandezca durante muchos años!

Salud, compañeros.

Eliseo RECLUS



Con respeto, con amor, con entusiasmo traducimos esta carta y conservaremos su original.

Grandes verdades, consoladoras esperanzas, firmes seguridades damos los anarquistas al mundo, y merced a ella se tambalea el régimen del privilegio a los golpes que le asestan los desheredados que aumentan a miles cada día las legiones revolucionarias; pero los anarquistas de hoy, hijos del privilegio o de la esclavitud, conservamos aún la levadura viciosa de nuestro origen, tenemos algo así como el supuesto pecado original de los cristianos, y esa infección genésica se manifiesta en muchas ocasiones y de distinta manera, cuando no por uno de nuestros numerosos defectos, por la censura asaz exagerada con que juzgamos al compañero.

Por eso, nosotros que enseñamos el ideal a los infelices que gimen bajo la coyunda del trabajo todavía envilecido y esclavizado, necesitamos que se nos enseñe, que se nos purifique, para que individual y mutuamente nos honremos y respetemos, y en nuestras personas, como transmisores de la idea más sublime que haya podido cobijarse en cerebro humano, honremos y respetemos esa misma idea que exponemos a nuestros hermanos que sufren, a nuestros tiranos y explotadores para que se avergüencen de serlo, a la humanidad entera para que llegue pronto a ser lo que, porque puede, ha de ser.

En esa carta, dirigida a uno o varios compañeros de Suiza, se da una lección a los compañeros diseminados por todo el planeta, aunque unidos en una idea salvadora, y tanto por la sublime verdad que contiene, como por la justicia en que se inspira y por el prestigio de su autor está destinada a eficazísima influencia.

Altamente honrados con tan precioso documento, expresamos nuestra profunda gratitud al digno y sabio compañero y nuestra alegría a todos los que con nosotros trabajan por el ideal.

LA REDACCION.

La propiedad y los anarquistas.— Locos y razonables.—

Sabido es que la mayoría de las personas saben de las cosas lo que a su diario le conviene hacerles saber. Pocos son los que reflexionan sobre lo que leen y los que han podido enterarse del ideal anarquista.

Para el vulgo, los ácratas son asesinos feroces pagados por los jesuitas o por vividores embaucadores, que si por

imposible un día llegaran a gobernar no habría nada seguro ni nadie podría poseer; el menor objeto para sí ya que persiguen la destrucción de la propiedad.

Hay que pensar y habrá que repetirlo a menudo que en una sociedad razonable, es decir, anarquista, cada cual tendrá su casa, sus muebles, sus prendas de vestir, sus obras de arte sus instrumentos de trabajo, en fin, cuanto pueda hacer agradable la vida.

Naturalmente que no pasaremos de un régimen de locos como el basado sobre la autoridad y propiedad que venimos gozando, a uno de solidaridad y verdadera fraternidad cual cambio de decoración en un teatro, sino que exigirá toda la propaganda, toda la instrucción y aun todo el ejemplo que los lógicos habremos de dar a los ilógicos, a los irreflexivos, a los irracionales, a la gente loca que compone la inmensa mayoría de hoy.

Los anarquistas queremos destruir la propiedad tal como existe, porque es producto de la explotación del hombre por el hombre, del privilegio otorgado por los gobiernos o del derecho del más fuerte.

Los ácratas no queremos que haya propietarios de grandes extensiones de terreno al lado de familias que no tienen donde reposar sus cuerpos, ni herederos de fortunas y herederos de miseria.

Los libertarios no queremos que baste un título o un testamento para pasarse su vida sin trabajar.

En la sociedad ideal anarquista la educación e instrucción de la infancia se harán de modo que todos comprendan la necesidad del trabajo sin otras excepciones que las dolencias físicas inexcurables; y como no habrá el mal ejemplo actual de que unos trabajan y otros se pasean; de que éstos comen y aquéllos bofeazan, todo el mundo contribuirá a la producción de la riqueza común en la medida de sus fuerzas y todos comerán según su apetito. Fácil será a los educadores inculcar a los niños el gusto y la obligación general al trabajo.

Siendo los hombres razonables, al contrario de lo que hoy sucede, hallarán sin grandes quebraderos de cabeza la manera de ser en vida propietarios de lo que les rodee y amen, sin que este derecho a la propiedad pueda perjudicar a nadie ni crear supremacía de especie alguna.

Precisamente la locura de los que no comprenden la anarquía estriba en la imposibilidad que tienen de concebir una sociedad razonable.

CERO.

15 noviembre de 1901.

Dios o el Estado: NO; la Huelga General: SI.—

No se encontrará una persona de buena fe, por poco ilustrada que sea, que afirme que la religión, ya católica, ya protestante, mahometana o budista, haya logrado la paz y el bienestar de los hombres.

Ningún político, de cualquier partido o de no importa qué dependencia se dé podrá asegurar que su sistema de gobierno garantice la libertad absoluta de hablar y escribir o asegure el derecho a la vida.

Tanto los que quieren dar la supremacía al clero como los que esperan todo de un Estado más o menos laico, todos sostienen que ha de haber pobres y ricos, amos y servidores.

Ni los unos ni los otros buscan la emancipación económica y política del individuo.

Sea excusables los primeros liberales, que al darse cuenta del engaño religioso se dedicaron a fundar un Estado libre del contacto de Roma, porque podían creer que todo el mal venía de la Iglesia.

Pero los que ahora practican el sistema parlamentario: monárquico, republicano o socialista, engañan a sus lectores, cual los curas abusaban de la credulidad de sus feligreses, al hacerles esperar que con el gobierno de su partido o con el programa de su invención llevarán la libertad y la paz al seno de la nación.

No existe ningún elector que pueda citar un gobierno como bueno.

Ni los siglos desde que viven las religiones, ni los reyes que se sirvieron de Cortes y Asambleas, ni aun el siglo pasado ocupado casi todo por gobiernos parlamentarios sacaremos como ejemplo de la utilidad de delegar a nadie el cuidado de nuestros intereses. Nos bastarán los años que el partido socialista gubernamental lleva de lucha electoral. ¿Qué beneficio han obtenido los trabajadores yendo a votar?

En cambio, al alcance de cualquiera está que si el tiempo empleado por los socialistas en luchas electorales lo hubiesen dedicado a la organización de las clases productoras y a la propaganda, hace tiempo que una huelga general habría dado al traste con la sociedad burguesa.

A los libertarios toca hacer comprender estas verdades a cuantos inconscientes creen en la panacea del voto como si fuese la hostia que ha de llevarlos al paraíso.

La emancipación completa de los trabajadores no vendrá ni de la Iglesia ni del Estado, sino de una huelga general que destruya ambas cosas.

CERO.

25 noviembre 1901.

La huelga general enriquecerá a los pobres sin empobrecer a los ricos.

La creencia de que los ricos hacen vivir a los pobres y que sin ellos habría aún más miseria, está tan arraigada, que ha de costar mucho trabajo convencer de la falsedad de tal creencia.

Ni los pobres necesitan a los ricos ni éstos a aquéllos.

Bastará una organización razonada del trabajo y de la distribución equitativa de sus productos para que desaparezcan las dos clases en que se divide hoy la sociedad de productores y consumidores; esto es, de pobres y ricos.

Una huelga general bien estudiada y practicada podrá únicamente lograr la edad de oro soñada por los altruistas pasados y presentes.

Beneficiarán de ella todos cuantos hoy han de privarse de algo: mendicantes, trabajadores, empleados, pequeños comerciantes y la mayoría de poseedores de títulos universitarios.

En cambio, los que se llaman ricos continuarán siendo ricos, porque se les podrá dejar en el uso de sus lujosas habitaciones, facilitándose además cuanto es necesario para la vida.

Con la entrada de su superfluo en el patrimonio universal, suelo, subsuelo e máquinas bastarán para que la producción satisfaga a todas las exigencias. Ahora bien.

¿Es posible una huelga general?

—SI.—
¿Cómo llegará a producirse?

dando a paseo a Carlos X y sus tardías reformas, enviaremos los anarquistas en horamala a los explotadores con sus mentidas concesiones.

No nos basta ya la República. Preparamos la Huelga General.

CERO

15 febrero, 1902.

Preparando la huelga revolucionaria.

La experiencia, nuestro mejor maestro, nos ha sobradamente demostrado que si en algunos casos pudieron los trabajadores mejorar algo su condición, sirviéndose de la única arma que en su poder tienen, la huelga, no podrá, sin embargo, recurriendo a ella pacíficamente, emanciparse del salario, su mayor yugo opresor. En efecto, por huelgas que hagan y por reclamaciones que presenten, no dejarán nunca de hallarse ante el siguiente dilema: o los patronos ven la posibilidad de resarcirse por otro lado de la ventaja que se les solicita, y en este caso ceden más o menos pronto, o temen que el acceder les llevará demasiado lejos, y entonces no ceden, encargándose el hambre y las arbitrariedades gubernamentales de someter a los reclamantes.

Si sucedió lo primero, nada ha ganado el obrero, aunque de momento le parezca lo contrario, pues el aumento que sufren fatalmente los artículos de primera necesidad hará que tan misero se halle el asalariado después como antes de la victoria. Cuando aconteció lo segundo, cuando el trabajador tuvo conciencia de su debilidad enfrente del hambre, de la policía, de la guardia, de los jueces y de las cárceles, fué cuando nació la idea de la huelga general.

Sino que muchos huelguistas van a la huelga general como los republicanos a los banquetes del 11 de febrero, creyendo que ha de bastar el mero hecho para anonadar a los enemigos. Hay que ponerse en guardia contra este error.

Pasaríanse treinta años haciendo huelgas generales como las que se han hecho hasta ahora, y nos hallaríamos tan lejos de la emancipación social como lejos se hallan los republicanos de conquistar la república a fuerza de banquetes repetidos.

Huelga general significa acción común, instantánea, de todos los trabajadores, no para pedir estas o aquellas mejoras a los amos, cambiando el régimen del salario, que ha de ser injusto y explotador siempre, por un régimen de solidaridad y bienestar general. Esto es lo que significa la huelga general.

Así lo habían comprendido algunos fabricantes de una ciudad vecina de Barcelona, que al estallar la huelga general de febrero, reuniéronse atomizados para ofrecer a sus obreros cuantas mejoras les habían negado hasta aquel día y proponerles mayores garantías para el porvenir, pues ya creían ver sus fábricas presas de las llamas y terminado su reino de explotación.

Mejor sería no hacer huelga general si ella ha de ser pacífica, y preferible no hacerla revolucionaria si tuviéramos que contentarnos con quemar edificios y con tomar represalias en contra de nuestros verdugos. No, queridos compañeros. Hay que picar más alto.

Que cada obrero consciente estudie en sí mismo lo que podría ser una sociedad sin amos, autoridades ni dinero; que cambie sus impresiones con sus compañeros en las sociedades de resistencia, y que éstas influyan en las federaciones para que se discuta el asunto de la huelga general. Que se llegue a un acuerdo para el modo de producción, de cambio y de repartición de productos para el día siguiente de la huelga general, y lo demás, es decir, los medios para hacer victoriosa la huelga revolucionaria será ya cosa de coser y cantar.

CERO

25 de enero, 1903. (Del número anterior a éste medió una suspensión de un año de estado de guerra a consecuencia de la huelga general de Barcelona de febrero de 1902).

HUELGA GENERAL: Utilitaria, Solidaria, Revolucionaria.

Mereciendo cada una de estas tres calificaciones se presenta la huelga general en los hechos y en la abstracción del entendimiento.

La *huelga general utilitaria* o reformista no es más que una generalización de la huelga parcial de los trabajadores exclusivamente societarios, quienes, arrinconados en el último extremo de la lucha económica y no pudiendo ya materialmente vivir, piden disminución de horas de trabajo o aumento de jornal. Esta clase de huelga suele terminarse con una derrota o un triunfo aparente, después del traqueteo de las comisiones, de declaraciones pacíficas de los obreros, de aprobación y aplauso burgués, de que algunos *esquírols* adquieran plaza permanente y de que los activos y conscientes queden desocupados y apuntados en las listas policíacas y en las del Pacto del Hambre. En resumen, tiempo perdido y horas dolorosas.

La *huelga general solidaria* en pro de otros compañeros en lucha lleva en sí tal elevación de miras, que el solo hecho de intentar la diglifica a los que por ella se interesan. Suele recurrirse a ella cuando se ofrece la necesidad de defender a un compañero, como la recientemente ocurrida de los carreteros de Barcelona, o como la más reciente aún de Reus, por defender el derecho de asociación, o como las que alcanzaron notoria importancia en Gijón, Coruña, Sevilla y La Línea; pero su solución y sus ventajas difieren poco de las de la anterior, quedando además algún procesado y castigado por lo de las coacciones.

Queda la *huelga general revolucionaria*; esa, no nos hacemos ilusiones, se planteará, será vencida; pero a la última, a la vencedora, a la que vendrá cuando seamos bastante conscientes para plantearla debidamente y por consiguiente fuertes para vencer a nuestros aterrizados y flojos enemigos, representará la toma de la última Bastilla, y con ella la elevación a la dignidad del goce completo de la vida humana para todos, hasta para aquel Pachu, el segador inventado por Lerroux, que llamaba burgueses a los obreros triunfantes de una huelga utilitaria.

Dejamos de ser utilitarios o reformistas al separarnos del partido republicano, donde vimos que sus hombres son revolucionarios sólo de nombre, y también porque sabemos lo ineficaces que son en todas las repúblicas del mundo las reformas que a tanta costa se obtienen.

Vinimos al campo libertario porque en él se hace verdadera labor: revolucionaria combatiendo los fundamentos principales de esta sociedad: Religión, Patria, Estado. Y no contentos los libertarios con revolucionar cerebros, llevan su acción a la calle por medio de la huelga general, considerándola como el único medio de emancipación de los trabajadores.

Por esto decimos, respetando todas las iniciativas, limpios de todo dogmatismo, pero firmes en nuestra convicción: no se olvide que el objeto único de la huelga general es la Revolución.

Pedir reformas por medio de la huelga general es como hacer política menuda. Ir a la huelga sin más propósito que la solidaridad, laudable en determinadas ocasiones, es puro sentimentalismo.

Ni por utilitarismo ni por sentimentalismo debe ponerse en movimiento la gran colectividad proletaria, la cual no ha de seguir la inspiración de Sancho Panza ni la de Don Quijote, sino las de la razón; es decir, no hemos de ser tontos egoístas, ni locos altruistas, sino justos. Además, no hay utilidad mayor ni solidaridad más elevada que las contenidas en el propósito de la transformación de la sociedad perfectamente concordado con la conveniencia total de la humanidad.

Para demostrarlo se fundó nuestra publicación, con ella nos proponemos ayudar a cuantos sin rodeos ni desviaciones van al único y verdadero fin revolucionario, y en él queremos que coincidan los trabajadores individual y colectivamente.

Dejemos las reformas para los políticos de oficio y para los incautos. Queden los sentimentalismos, como atavismo cristiano, para los bienquistos con el régimen vigente.

En el próximo número: "Cuarenta años de vida de un periódico anarquista"; artículo de M. Nettlau, a propósito del aniversario de "Freedom" (Londres).

Los libertarios de veras estudian y preparan la huelga general revolucionaria y la sociedad ultrarrevolucionaria.

COLABORACION

20 febrero, 1903.

A las sociedades de resistencia.

Desde nuestra reaparición venimos excitando al estudio de la sociedad al día siguiente del triunfo de la *huelga revolucionaria*. Para la sección correspondiente hemos recibido algo, muy poco, pero pensamiento individual o colectivo, nada. Es pronto, se nos dirá; tal vez las sociedades estudien, formulen dictámenes, discutan y luego publiquen sus trabajos. Puede ser; pero no sabemos de sociedades que tal hagan; no hemos visto convocatorias alguna al efecto, a menos que lo hagan en secreto. En cambio, es público que en Barcelona hay sociedades que tienen locales espaciosos y confortables en que se toma café, se juega a la manilla y al dominó y a veces al burro, donde toda la vida intelectual consiste en una conferencia sabatina de los chicos de la Extensión Universitaria en que se dan latas de fragmentos de ciencias, muy recomendables y muy apreciadas en sí, pero a veces de dudosa utilidad, porque hay ocasiones en que los obreros salen de ellas como el negro del sermón.

Y la verdad es que el tiempo pasa y urge, la torpeza gubernamental arrecia, la irritación burguesa y sus pactos del hambre aumentan, la huelga general empuja, y de seguir así podrían venir acontecimientos que nos pillasen con las fichas en la mano o embaleados ante un señorito que nos hablase de los habitantes de la luna.

Creadas las sociedades de resistencia para la defensa de los trabajadores, no pueden defenderse mejor que estudiando, no ya la huelga general, que se impone y sobre la cual es preciso tener ya claro criterio, sino sobre sus consecuencias. Primero, cada trabajador se ha de evitar la vergüenza de no saber: qué contestar al burgués que le pregunte: "¿qué harían los trabajadores al día siguiente del triunfo de la huelga general?" y después es preciso que haya un criterio, determinante de una acción común, para oponerse a la reacción que intentarán los privilegiados, quienes tendrán en su favor su aun no extinguido prestigio, los restos del servilismo proletario, la vacilación de los dudosos, la testarudez de los rufianos y la fuerza de la costumbre, todo aumentando con las deficiencias iniciales, las divisiones sectarias, los intentos de los ambiciosos y la pasión y la inteligencia muertas de los neutros.

Creámo nuestros compañeros: es indigno de trabajadores serios, sobre quienes pesa la responsabilidad de la evolución progresiva de la humanidad y la reparación de todas las injusticias sociales, entretenerse en el juego vergonzoso pueril de combinar fichas y naipes, sin otro fin que matar tiempo, que es desperdiciar vida, una especie de suicidio y una renuncia de las facultades y del poder, un embrutecimiento, cuando tanta falta hace vivir para revolucionar el mundo, dando a la inteligencia y a la voluntad aquella elasticidad indefinida por no decir infinita, de que es susceptible.

Otro día aguijonaremos más a nuestros compañeros societarios a ver si les clavamos el rejón hasta la fibra sensible en que se hallan la dignidad, la vergüenza y el amor propio.

CERO

A las sociedades de resistencia.

Continuando mi tema del número anterior, digo que aunque dejemos el sábado para las conferencias de Extensión Universitaria, que vienen a ser una especie de misa científica, sería bueno rechazar las fichas y los naipes como entretenimiento burgués, para dedicarse a estudiar qué profesiones, al día siguiente del triunfo de la *huelga revolucionaria*, han de resultar, a lo menos por el momento, inútiles, innecesarias, y qué otras han de reforzarse y aun implantarse de nuevo, según las condiciones locales, comarcales y aun de mayor extensión.

Bastará indicar a bulto algunas de las primeras: joyeros, pasamaneros, bordadores, modistas, pasteleros y en general todas las industrias que abastecen de

Suscripción mensual al diario y al Suplemento, \$ 2.50 — al Suplemento solamente, \$ 5.00 por año. —

cuanto sirve para la soberbia, la vanidad, la lujuria, la glotonería, la frivolidad, etcétera, de los privilegiados, quienes serán dados de baja definitivamente.

Respecto de las segundas, la cosa varía: aunque, a pesar de tanto zángano, en la colmena social presente hay producción sobrada, en el momento crítico que prevemos habrá escasez; lo que se explica por el ansia perturbadora que han de manifestar los ex privilegiados y los neutros al ver interrumpidas sus rutinas: costumbres, de la que da una ligera idea esa multitud que hace provisión de pan para una semana en cuanto corren rumores de que se va a armar la gorda. Así harineros, tahoneros, matarifes, agricultores en general y obreros del transporte de importación como necesidad local egoísta, y de exportación como necesidad extralocal de solidaridad altruista, referente todo a la alimentación como necesidad urgentísima, merecen una atención que nunca será bastante recomendada.

Merecen los albañiles una mención especial, pero no como constructores, sino como demoleedores. Hay edificios que suelen ocupar puestos preferentes en las ciudades, villas y aldeas que, no sólo dan mala sombra, son verdaderos estorbos, sino que mientras están en pie ejercen sugestión malfélica y serán fuente constante de atavismo, de quietismo, de superstición y además constituirán incesantemente peligro reaccionario, y son aquellos en que se albergan los representantes de las dos ficciones en cuyo nombre más daño ha recibido la humanidad entera en general y los desheredados en particular: la religión y la autoridad. Eso por una parte; luego hay barrios en que las calles y casas son tan malas por anti higiénicas, estrechas y sucias, que más que habitaciones humanas son lugares de muerte, donde sólo pueden recogerse infelices que viven muriendo entre toda clase de infecciones, para fomentar la semejanza de aquellos emperadores que arrojaban esclavos en los lagos de las murenas para que comiendo la carne de aquellos fuera la de éstas más apetitosas, arrojando proletarios a los microbios para que abunde el oro de aspecto brillante y timbre sonoro en sus áreas.

No apuntaremos ideas detalladas acerca del problema de las habitaciones para todos, ni para el vestido y distribución de todo género de cosas para las necesidades de la vida; precisamente lo que se necesita es que se estudie, que se invente, que se solucione todo; y para ello, claro está, hay que gastar energía cerebral, y eso es lo que pedimos a las sociedades de resistencia, que sustituyan fichas y barajas por el libro (que buenos, claros, detallados, verdaderos y de arte sublime los hay), y la conversación fútil por la discusión luminosa, y de esa manera, a la vez que se recrean dignamente, se elevarán a la altura que les corresponde.

CERO

5 abril, 1903.



32 PAGINAS — 10 CENTAVOS

E. LOPEZ ARANGO
TEORIA Y TACTICA
Anarquismo y lucha de clases

Sobre esta cuestión a la vez teórica y táctica difícilmente se agotará la polémica. El anarquismo ofrece tantos matices teóricos y se expresa en tantos medios y tácticas de propaganda y de acción, que resulta imposible armonizar en un punto de vista homogéneo las diversas corrientes del movimiento revolucionario. Hay anarquistas en una escala creciente de particularismos, de "sistemas específicos", de grados culturales, sentimentales, económicos... Y como a todos los une un objetivo común y una misma realidad histórica, las preferencias por un medio no indican que una tendencia sea mejor que la otra o que se ajuste más fielmente al espíritu y a la letra de la doctrina.

No es esa cuestión puramente teórica la que nos interesa. La quintesencia de los sistemas filosóficos, doctrinarios y religiosos sólo conduce al dogmatismo. Y los anarquistas no creemos en los dogmas infalibles y menos en la eternidad de las verdades reveladas.

De las teorías anarquistas, a través de los precursores, hemos deducido una conclusión ética y un método crítico que nos permite juzgar los hechos con arreglo a nuestra concepción de la vida, de la sociedad y de los hombres. Y la realidad es siempre la representación, bajo aspectos variables, del absurdo histórico que gesta el descontento, la protesta y la rebeldía del hombre de espíritu libre y de conciencia sana.

Sin embargo, en la representación del mundo moral y en el diario espectáculo que nos ofrecen las contradicciones y los absurdos sociales, la teoría pura no logra establecer una síntesis ideológica que conforme a todos los descontentos y rebeldes. Las diferencias culturales, éticas y psicológicas crean movimientos de opinión divergentes y hasta antagonismos doctrinarios que reducen cada vez más el horizonte y las perspectivas del movimiento revolucionario. Y aun cuando, en sociología, sea una realidad que los hombres viven mal en una sociedad basada en el error, la injusticia y la violencia, las víctimas de ese sistema opresor y tiránico no están espiritualmente identificadas. De ahí que el concepto de clase, que es un hecho material, exprese necesidades perentorias, pero no anhelos superiores y reivindicaciones altruistas.

Esa reducción de las perspectivas que imaginaron los precursores del socialismo, no reduce el horizonte de las teorías

revolucionarias: estrecha el campo de lucha, lo fracciona, crea líneas divergentes en el movimiento revolucionario, porque la unidad de sufrimientos no determina la unidad de aspiraciones; la *clase* es un denominativo económico que pierde todo su valor en la pluralidad de las creencias, de las ideas y de los estados de conciencia.

¿En qué forma, pues se identifica el anarquismo con la idea de clase, que expresa una unidad de necesidades y de intereses precarios, pero que no logra mantener la unión de los pueblos frente al absurdo religioso, político, patriótico, etc., que representa el puntal más firme del régimen capitalista? ¿Y cómo debemos interpretar los anarquistas la llamada lucha de clases, si vemos diariamente que los enemigos de la libertad no están solamente en la clase enemiga? ¿Es acaso el clasismo un estado de conciencia, una teoría biológica ligada a la idea de justicia, una resultancia del progreso humano hasta ahora sujeto al encadenamiento y a la sucesión de las castas privilegiadas? ¿Y debemos aspirar nosotros a hacer de los trabajadores la nueva aristocracia social, la nueva clase privilegiada y dirigente?

• •

Hasta ahora dos objeciones fueron hechas a nuestro punto de vista sobre la lucha de clases, o mejor dicho, a nuestra crítica al clasismo. La primera nos atribuye exceso de inclinaciones sindicalistas; la segunda descubre, por oposición a aquella, a través de nuestra resistencia a las tendencias que reclaman un campo neutral en el movimiento obrero, un rastro individualista que jamás hemos seguido.

En el libro "El anarquismo en el movimiento obrero", escrito en colaboración con el camarada Santillán, la crítica anarquista descubrió esos dos términos de oposición casi absolutos. Y precisamente es en ese aspecto donde la coincidencia de puntos de vista es más completa. ¿A qué se debe que, para apreciar una misma conclusión teórica, empleen dos métodos críticos tan opuestos y arriben a conclusiones tan diferentes hombres que parecen identificados en un ideal común?

Aceptamos sin restricciones la buena fe de los comentaristas de nuestro libro. Quizás se deba ese doble punto de vista a que no hemos logrado expresar con bas-

tañte claridad nuestro pensamiento. Pero no admitimos que se pueda interpretar de dos modos una sola cosa. Está claramente definida la tendencia del movimiento obrero anarquista, que igualmente rechaza el culto al clasismo y la "exageración individualista. Entre uno y otro extremo — entre la teoría del sindicalismo neutro y la negación de ese "tenimiento económico" — no puede haber un solo punto de contacto. Y hemos señalado preferentemente la importancia que tiene para los anarquistas actuar como tales en las organizaciones proletarias, lo que excluye el propósito de aislar al anarquismo de de las luchas, sean éstas de orden moral o material, de la clase trabajadora organizada.

Cuando sostenemos que la teoría de la lucha de clases depende de la interpretación materialista del marxismo y está sujeta a los fenómenos económicos contingentes, no pretendemos negar la existencia de los antagonismos sociales, que además de económicos son políticos, culturales, éticos. Establecemos una lógica correlación entre la actualidad social y el proceso seguido a través de la historia por la sucesión de las castas y de las clases privilegiadas, y deducimos en consecuencia que no es posible elaborar una teoría revolucionaria, de justicia y equidad, sobre ese fenómeno biológico: el clasismo. Si las ideas anarquistas, políticamente situadas más allá de las divisiones fronterizas y raciales, reducen la esfera de acción del proletariado a conquistas materiales de interés para "su clase", ¿no se confunden de hecho con las tendencias clasistas?

Aceptar la lucha en el terreno económico y propender a la emancipación de la clase trabajadora propagando un ideal de justicia y libertad, no es hacer sindicalismo. Los anarquistas dirigimos nuestra propaganda a todos los hombres y sólo preferimos a los asalariados por su situación de inferioridad frente a la burguesía y al conjunto de las castas privilegiadas y parasitarias. Pero esa contingencia no puede representar para nosotros el fundamento de la teoría revolucionaria. El obrero no debe emanciparse a expensas del patrón, aun cuando hoy le sea preciso buscar un beneficio en perjuicio de éste. ¿Quiere decir que, al negar eficacia a la sucesión de clases es el gobierno y en la administración de las sociedades humanas — del sistema burgués al proletario, del capitalismo al sindicalismo, como de los regímenes autocráticos y aristocráticos se pasó a la democracia parlamentaria —, supone esto, decimos, que justificamos la eternidad de la esclavitud y de la diferencia de clase? De ninguna manera.

Negamos la teoría del clasismo en ese aspecto sucesorio de las minorías privilegiadas, entendiendo que la conquista del poder, político y económico, por los actuales desposeídos, no modifica la ca-

lidad y la importancia histórica del despojo.

Los marxistas defienden la idea de clase, como teoría económica y como realidad histórica; pero la niegan prácticamente, al propender, con la colaboración de la burguesía, a la paz social... dejando en pie las causas de la guerra de clases. La pluralidad de intereses materiales encuentra su absurda unidad en el Estado, que es el dios de la nueva cosmogonía socialista. Pero fracasa ese modelo frente a la persistencia de los intereses antagonicos en el paraíso de Marx.

• •

En "Fede", de Roma, (24 de agosto, 1926), el camarada Flores hace algunas objeciones al punto de vista expuesto en el libro "El anarquismo en el movimiento obrero" sobre la lucha de clases y la interpretación anti-clasista expuesta por nosotros. Hemos aclarado en parte el sentido de la teoría que expresa esa aversión a las fórmulas marxistas y sindicalistas: al viejo estribillo de los políticos parlamentarios y sindicales. Pero conviene aclarar aún más el sentido de lo que para unos es exceso de *materialidad* y para otros superabundancia de espiritualismo...

La objeción del camarada Flores indica este hecho de naturaleza económica: el anarquismo es una idea de clase porque dirige sus esfuerzos a la emancipación del proletariado. Pero la anarquía, diremos nosotros, no es una doctrina clasista, precisamente porque tiende a borrar todas las diferencias sociales que involucran la existencia de un privilegio.

Esta cuestión se prestaría a largas y quizás inútiles discusiones. Y no es el caso de discutir aquí si el huevo es anterior a la gallina, o ésta a aqué. Analicemos, pues, objetivamente, el punto de vista del referido camarada. Dice:

"No es muy raro encontrar en los escritos teóricos y tácticos de algunos representantes actuales del anarquismo, la crítica inexorable y la negación rotunda de la idea de clase. Una vez, y no ha mucho, esa posición partía exclusivamente de los individualistas, los cuales, si rechazan la organización de clase y también la política, propician y procuran realizar otras formas de organización, que, por otra parte, son aceptables por todos los anarquistas, sin distinción de tendencias. Incluso el que esté firmemente persuadido de la bondad de la organización sindical o política, no tiene dificultad en admitir la utilidad del trabajo que pueden llevar a cabo los individualistas en otros terrenos y con otros métodos, pero siempre según los principios generales del anarquismo. Individualismo y comunismo no pueden ser considerados como aspectos opuestos y divergentes de la anarquía, sino como diver-

gencia, que requiere un hombre para su manejo y otros cuatro para el transporte del material y la colocación de los railes, se puede hacer el mismo trabajo en 40 días.

Compárese, pues, las cifras: para asfaltar 10.000 metros de calle, 5 obreros necesitan:

Trabajo manual, 333 días y 1/3.

Trabajo mecánico, 40 días.

Es decir, con el trabajo mecánico se ahorran 297 días, lo que en la sociedad capitalista se traduce por desocupación, miseria, rebajamiento del nivel de la vida material y moral de los trabajadores.

Comprendemos que ante esa mecanización extrema del proceso de trabajo el capitalista se sienta satisfecho; pero para el proletariado no es ningún motivo de regocijo, sino de seria reflexión.

Diariamente nos trae la prensa hechos que debieran ser más elocuentes de lo que son para los trabajadores.

Por ejemplo: Gracias a la invención de nuevos procedimientos y de mejoras técnicas, la mayor parte de las refinerías de petróleo trabajan hoy con la más vasta aplicación de instalaciones mecánicas y la exclusión del trabajo manual. Como ejemplo del grado en que es excluido el trabajo humano y de la medida de su suplantación por las máquinas, menciona W. Mauthner en "Wirtschaftsdients" la instalación de un mecanismo para la obtención de bencina por el Shell Trust en el yacimiento del Signal Hill. Con esa instalación se obtienen dos millones y medio de metros cúbicos de gas bencina por día y los restos se queman o se venden. Toda la instalación exige únicamente cinco obreros. (Vorwärts, Berlín, 25 de abril de 1926).

No sabemos qué cantidad de obreros era ocupada en años anteriores para la obtención diaria de los dos millones y medio de gas bencina por la instalación de referencia; pero siempre son algunos millares de proletarios los que tienen que cruzarse de brazos para dejar el puesto a esa máquina. ¿Cuál es el día que no pueden leerse idénticas noticias sobre innovaciones técnicas en tal o cual dominio de la producción? ¿Y no se advierte que cada innovación mecánica implica millares y millares de obreros condenados a la desocupación? ¿Qué importa el pequeño porcentaje que pueda recibir la industria de la fabricación de máquinas en comparación con la inmensa cantidad de obreros cesantes a causa de la introducción de máquinas más y más perfeccionadas?

Un escritor germánico, Eduard Weckerle, es autor de un hermoso libro titulado "Mensch und Maschine" en donde estudia de una manera sugestiva y elocuente la nueva faz del capitalismo de la post-guerra. De él tomaremos algunos datos demostrativos.

La producción de los Altos Hornos en los Estados Unidos ascendió desde 1850 a 1919 en una proporción de 100 a 6151 (o sea 61 1/2 veces); en cambio el número de los obreros de esa industria, en el mismo período, se acrecentó en la proporción de 100 a 188 — lo que no representa siquiera el doble. Y es preciso tener en cuenta que en el año 1919 la serie de las innovaciones técnicas engendradas por la guerra mundial, todavía no se habían manifestado en la forma que lo hicieron unos años más tarde.

He aquí un ejemplo más concreto aún:

5 obreros asfaltan por día 30 metros de calle. Si hubiese que asfaltar 10.000 metros, necesitarían 333 días y 1/3. Ahora, con la aplicación de la asfaltadora me-

...sas especializaciones prácticas, que responden a necesidades igualmente dignas de ser satisfechas en la vida asociada, y a experiencias del mismo modo justificadas en la formación libertaria del individuo".

Esa particularidad, que supone negativa y casi individualista, la descubre el compañero Flores en los anarquistas de España y de la Argentina, que son precisamente los países donde más se identifica el anarquismo con el movimiento obrero. Y la constatación de ese solo hecho debería bastarle para comprender que el anticlasismo de los anarquistas partidarios de la organización proletaria no tiene que ver con las tendencias individualistas y antiorganizadoras.

Al negar la lucha de clases, no como fenómeno contingente, sino como teoría revolucionaria de futuro, establecemos esta lógica conclusión: el clasismo es un hecho económico ligado a la existencia del régimen capitalista; elevarlo a doctrina supone trasladar al terreno puramente sindical el problema de la revolución. En consecuencia, los anarquistas, aun aceptando la existencia de categorías sociales, no propician el triunfo de una clase, no importa que sea la más numerosa y la que hoy ocupa un plano inferior en la sociedad.

La idea de la lucha de clases puede admitirse como conclusión del proceso seguido por el capitalismo y como fenómeno sujeto a las contingencias sociales que obran sobre los individuos de la categoría inferior... Pero transformar en teoría ese hecho, y ligar el anarquismo a la interpretación clasista de los sindicalistas neutros, supone tanto como aceptar las premisas materialistas de Marx.

Por oposición a la idea de clase — que supone una unidad de intereses y de aspiraciones en el proletariado y atribuye a esa expresión puramente material, económica, un fin revolucionario consciente —, sostenemos nosotros la teoría de las afinidades espirituales más allá del clasismo. Y, sin embargo, esa concepción anticlasista no nos impide actuar en el movimiento obrero e intervenir en la lucha emancipadora del proletariado.

Como estas opiniones particulares no se han sistematizado bastante y no existe el formulismo de la doctrina en los libros de los teóricos del anarquismo, parecen extrañas y arbitrarias. Pero día llegará en que se vea claro nuestro punto de vista, o al menos se interprete en su esencia, no confundiéndonos ni con los sindicalistas neutros ni con los individualistas enamorados de su "yo".

Voronoff y el rejuvenecimiento

En una revista de medicina, encontramos, entre las historias clínicas, una acerca del mentado procedimiento Voronoff, que trata de rejuvenecer indefinidamente organismos caducos y desgastados. Viene a confirmar las dudas que originaron ciertas curaciones maravillosas de hombres y mujeres, quienes, según se decía, hallándose en una edad bastante avanzada, habían vuelto a disfrutar los bríos de una temprana juventud. He ahí las conclusiones a que llega un médico italiano:

"Metabolismo basal e injerto testicular", — G. Peracchia. — (*Endocrinología e Patología constitucional*).

"Este trabajo viene a echar un poco de agua sobre los fáciles entusiasmos de los voronoffistas — perdonésemelo el neologismo. El autor hace injertos testiculares en perros viejos, observando los conocidos fenómenos de rejuvenecimiento ya notados por Voronoff y secuaces. Los injertos los hace en lugares distintos, obteniendo en todos los casos curaciones por *primum*. En los animales injertados estudia el metabolismo basal — circulación de la sangre —, encontrándolo aumentado en seguida de practicado el injerto, aun antes que aparezcan los fenómenos exteriores del rejuvenecimiento. La curva del metabolismo sube en los días sucesivos, pero después de un tiempo variable, que no pasa de algunos meses, vuelve a descender, para alcanzar nuevamente los límites iniciales.

"Estudiando paralelamente al metabolismo las modificaciones sufridas por la glándula injertada, se ve claramente que el período de descenso de la curva metabólica coincide con la iniciación de los fenómenos regresivos del injerto, y con la sustitución de tejido conjuntivo al tejido parenquimal del órgano injertado.

"En resumidas cuentas, mientras vive el injerto el metabolismo aumenta, pero como el injerto fatalmente muere — contrariamente a lo que opinan Voronoff y otros — el metabolismo vuelve a descender y la vejez vuelve también a asomar la no deseada cara". — D.

BIBLIOGRAFIA

Historia de la Gran República de la China y biografía del fundador, señor doctor Sun Yat Sen. — Editado por la Sociedad "Kuo Min Tang", o sea el partido nacionalista chino; es un folleto de

unas cien páginas, en el que se relata, como mejor se puede, el advenimiento del régimen republicano en ese país.

También se ofrecen algunos rasgos de la biografía de su presidente, Sun Yat Sen. Lo lastimoso del caso es que se halla escrito en un castellano imposible, casi ilegible. Deducimos que quien lo tradujo del chino al castellano era un ciudadano chino que poseía más su lengua materna; la otra la convirtió en un horror de errores gramaticales, de sintaxis, de sínderesis, o sea de sentido.

Por eso nebulosamente podemos discernir los acontecimientos históricos que se intenta narrar.

Lo más claro es la parte que habla de la muerte del libertador Sun Yat Sen. Se nos dice: "El 24 de 1924 se convenció que ya se iba a morir, — porque hasta ese día él siempre creyó que su enfermedad era curable, — ordenó se llamara a los suyos y en presencia de ellos, que fueron ocho que firmaron como testigos presenciales, dictó dos documentos testamentarios, y el otro para su familia, que es toda la herencia que deja, — traducido textualmente dice así:

"Durante mi vida, por haber dedicado todos mis esfuerzos a la revolución: p'e-beya (sic), no he adquirido ninguna propiedad con que testamentar; los libros de mi biblioteca, los vestidos de mi uso y la casita que fué herencia de mis padres, quedarán obsequiados a mi esposa, Mrs. Sun, para recuerdo. Mi hijo e hija, ya son de mayor edad y casados, capaces de ganarse la vida, y que deberán proseguir la lucha interrumpida por mi muerte, para lograr los éxitos de mis patrióticos ideales".

Y todo es así, escrito con la misma confusión y deslabazamiento de los que tartamudean una media lengua. No queremos con eso emprender una crítica gramatical o literaria. Todo lo contrario. Desearíamos, para informarnos de hechos y episodios que nos interesan sobremanera, que el idioma fuese apenas masticablemente castizo, de una claridad meridiana, a fin de no quedarnos totalmente en ayunas; tanto más que adivinamos que se trata de un material valioso por sus datos y la documentación.

Naturalmente que armándose de una gran dosis de paciencia y buena voluntad se podría sacar algo en claro de esta campaña republicana, cuya alma y verbo inflamado fué Sun Yat Sen, con su poderoso grito: anular todos los tratados injustos con las codiciosas potencias de Occidente.

Por otra parte, en el testamento que dejara para sus secuaces y correligionarios, el Dr. Sun habla de sus libros, uno de ellos *Kin Kuo Fong Lock*, del cual se dice que aconseja los medios que han de emplearse para reconstruir la nación; el otro, *Kin Kuo Tay Kong*, sobre el que se nos informa que el doctor *insertó una gran minuta para gobernar*; el tercero,

Sam Min Chese Yee, trata de los Tres Principios del Pueblo. De todos ellos no se nos proporciona ni una ligera idea de su doctrina política, que aunque barruntamos lo que podrá ser, desearíamos conocerla siquiera a grandes rasgos.

Es indudable, para el caso se deberá recurrir a otra fuente que no sea netamente china, y esa es la gran lástima, ya que por más imparciales que puedan ser los escritores europeos, nunca lo serán en el grado que nosotros quisiéramos para saber la verdad.

Para terminar, una efeméride, 7 de junio de 1839. Según el historiador Drioux, veintidós mil cajones de opio fueron arrojados al mar por orden de las autoridades chinas; este acto gubernativo se llevó a cabo, por tratarse de un cargamento introducido clandestinamente en territorio chino por las firmas comerciales inglesas. Gran Bretaña, considerándolo una violación a los tratados estipulados, le declaró la guerra al Celeste Imperio, venciendo y obligándolo la cesión perpetua de la isla de Hong Kong, en la bahía de Cantón. Tratado de 29 de agosto del año 1842.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

La Batalla, 28 de agosto, 1926, México. Número 1. Este semanario aparece en lugar de "Verbo Rojo", que hemos anunciado ya. Defiende la tendencia anarquista del movimiento obrero. Su dirección es Apartado 1056, México.

Laborista Movado, Tokio, órgano de los grupos anarquistas japoneses.

Nigra Junto, Tokio.

Freie Arbeiterstimme, New York.

Orientación, periódico obrero de doctrina y combate, Tampa, Florida, N.º 4, del 28 de agosto.

Germania, mensile anárquico de propaganda, Chicago, III, Número 6, del 1 de septiembre.

La Campana de Pato, septiembre, 1926. Casilla de Correo 218, Buenos Aires. Precio 10 centavos. Se vende en esta Administración.

Julio A. Costa, *Rosas y Lavalle*, 266 págs. 8.º, Buenos Aires, 1926. Comentaremos en el próximo número este libro.

LOMBROSO Y LOS ANARQUISTAS

Por RICARDO MELLA
(Estudio y réplica)

Un volumen de 172 págs. en 8.

Precio \$ 1.—

Se vende en esta administración

En 1914 se fundió en los Estados Unidos, la poderosa empresa Bethlehem Steel Corporation, ocupando de inmediato 9500 obreros para realizar una producción de 1.200.000 toneladas de acero. En 1924 el personal ocupado era de 70.000, o sea 73 veces más, siendo en cambio la producción de 7.600.000 toneladas, o sea 6373 veces más. Eso quiere decir que si se hubieran conservado en 1924 los mismos métodos de producción que en 1914, la Bethlehem Steel Corporation, para producir 7.600.000 toneladas de acero al año, habría necesitado 1.382.500 obreros, o sea 682.500 obreros más.

Otro caso bien típico lo tenemos en la industria norteamericana del automóvil. En 1899 se construían 3723 coches con 2241 obreros; en 1923 la producción era de 3.890.134 coches y el personal ocupado en la industria era de 241.356 obreros. La producción aumentó en la proporción de 1 a 10444 y el número de los obreros ocupados en la proporción de 1 a 1076. Esas cifras indican que si se hubiera conservado el nivel de la producción de 1899, el personal que habría necesitado esa industria en 1923 sería 10 veces más numeroso; en lugar de 241.356 obreros habrían sido 2.413.560.

El aumento de la productividad por obrero en la industria del automóvil es también digna de tenerse en cuenta. En 1909 la producción por obrero oscilaba entre 1'66 y 2'47 coches al año; en 1914 la producción era ya de 1'17; en 1921, de 11'15, y en 1923 la producción por obrero y por año era de 16'11 coches.

Antes de la guerra, en los conocidos establecimientos textiles de Lawrence y de Lowell (Massachusetts) un solo obrero no podía atender más que a seis u ocho

aparatos; hoy, gracias al perfeccionamiento técnico, atiende a 40 ó 60.

Al citar estas cifras nos viene a la memoria un hecho ocurrido en Alemania.

A primeros de enero de 1921, Paul Levi y Ernest Daeuming, en nombre del comité central del partido comunista unificado de Alemania, se dirigieron a todos los partidos de izquierda y a las organizaciones sindicales, entre ellas a la sección alemana de la Asociación Internacional de los Trabajadores, proponiéndoles una acción común en un sentido revolucionario y defensivo. Nuestros camaradas contestaron el 11 de enero haciendo resaltar sus principios antiestatistas y manifestando, sin embargo, que estaban dispuestos a cooperar en acciones comunes revolucionarias; como medida previa insistieron en la importancia de estas dos exigencias inmediatas: *jornada de seis horas y abolición de la producción de material de guerra*.—Entonces había en Alemania, con un poco de buena voluntad en los llamados partidos obreros, la posibilidad de asegurar al proletariado una situación mejor, ultimando fácilmente la hidra monárquica y reaccionaria. Pero una demostración de los deseos reales de los comediantes de la política obrera de entonces, la tenemos en el hecho que la respuesta de nuestros camaradas a la propuesta comunista de frente único, no se dió siquiera a conocer, como se hizo con todas las demás. Ahora tenemos ya a la vista los resultados: no se quiso la revolución, ni siquiera reformas efectivas, y hoy el capitalismo alemán es más omnipotente que nunca y el marxismo se prepara sin cesar a la conquista del poder. Hay unas 140 organizaciones militaristas secretas

diseminadas por toda Alemania, con gran influencia en el ejército y en las esferas políticas. La perspectiva de una restauración monárquica está abierta y el proletariado, desilusionado y adormecido por sus diputados y sus jefes, ha perdido toda posibilidad de lucha seria contra la reacción: más aún, una parte creciente de trabajadores se van pasando poco a poco a las filas de los que confían en un mejoramiento de Alemania por la vuelta al *buen tiempo viejo*.

Continuemos enumerando algunas cifras relativas al aumento creciente de la productividad por obrero en estos últimos años, valiéndonos de los datos acumulados por Eduard Weckerle en el libro citado, y que los observadores pueden comprobar en la vida cotidiana en cualquier industria.

En los ferrocarriles del Canadá había en 1913 un total de 178.652 personas ocupadas; la red ferroviaria era de 29.304 millas. En 1922 la red ferroviaria era de 39.773 millas y el personal era de 165.635 individuos. Tenemos pues un aumento de más de 10 mil millas con una disminución de más de 12 mil personas.

El National City Bank de New York ha dado a conocer un informe donde demuestra que en general la producción de 109 industrias americanas en 1923 aumentó un 52 por ciento en comparación con 1921; en cambio las cifras del personal ocupado nos dan un aumento de sólo 32 por ciento. Y el ministro de comercio de los Estados Unidos, Herbert Hoover, dijo en un discurso del 8 de mayo de 1923 que la industria norteamericana se halla en condiciones de asegurar a cada ciudadano el mismo confort de antes de la guerra, aun despidiendo simultáneamente dos millones de obreros.